

SEMANARIO CATÓLICO

DOCTRINAL, CIENTÍFICO Y LITERARIO

(CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)

<p>PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Un mes. Ptas. 0'25 FUERA DE LA ISLA Un trimestre. Ptas. 1'00 Número suelto Ptas. 0'10</p>	<p>DIRECCIÓN Y REDACCIÓN Carrió, 3, 3.º, derecha. ——— ADMINISTRACIÓN Call, 1,—tienda.</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN Librerías de Propaganda Católica y de D. Felipe Guasp. ——— Pagos adelantados.</p>
---	---	---

SUMARIO.—La Confesión, IV, por D. J. T. y E.
 —Un milagro de la Virgen, por D. J. M. S.
 —Una empresa colosal, por D. E. M. —Afectos y caricias del alma al Niño Jesús (poesía), por D. G. R.—Publicaciones nuevas.—Noticias

LA CONFESIÓN

IV

PURIFICACIÓN SOCIAL

DEMOSTRADO ya, y demostrado hasta la evidencia, que la Confesión es de origen divino, aduciendo en contra de los racionalistas y libre-pensadores pruebas que la razón á manos llenas nos suministra, confundiendo á los protestantes con testimonios de la Sagrada Escritura y echando por tierra, en fin, los fútiles argumentos de los católicos tibios é indiferentes, con brillantes pasajes de la Historia tanto profana como eclesiástica, réstanos sólo estudiar el Sacramento de la Penitencia en sus siempre saludables efectos, para inferir como legítima deducción que, si éstos son divinos, no podrá menos de serlo aquél; pues, así

como un buen árbol no puede dar malos frutos, así también uno malo en manera alguna puede darlos excelentes y sabrosos.

Muchos, muchísimos son, en efecto, los benéficos resultados que, como cristalinas aguas de copiosa fuente, nacen en abundancia del admirable medio de regeneración que es objeto de los presentes artículos. De él podemos muy bien decir lo que de su celestial Autor: *Pasa por el mundo dejando señales de su bondad.* Y en efecto: la reconciliación del pecador con Dios, supuesto ya el arrepentimiento de aquél y el perdón de Éste; la excitación del alma hacia el bien, primero con el estudio del conocimiento de sí mismo, librándole, luego, de su propio orgullo y alentándole, después, á amar más y más la virtud, la purificación social, impidiendo infinidad de crímenes y escándalos; y el bienestar de la conciencia del que en malhora cometiera una falta grave, preservándole de abandonarse por completo á la desesperación, son otros tantos beneficios que por do quiera y con extraordinaria abundancia deja tras sí este benditísimo Sacramento.

Grato, muy grato nos sería, por más

que en gran manera trabajoso, estudiar uno por uno los efectos que en conjunto hemos venido indicando, y que solamente son algunos de los innumerables bienes que á los católicos en todo tiempo ha reportado. Mas, obligados á contenernos dentro límites muy estrechos, y considerando además que, como ya dijimos en nuestro primer artículo, sería fácil y muy natural que estas páginas fueran á parar en manos de hombres cuyos corazones no laten al compás del de la Iglesia católica, y cuyos entendimientos solamente admiten las pruebas que nacen de la experiencia ó acusan ventajas positivas y materiales, nos concretaremos á examinar el Sacramento de la Penitencia con relación á la Sociedad en que vivimos, es decir, considerándolo como fuerte muralla contra las pasiones desordenadas, como sólido valladar para los errores de la razón extraviada, como seguro y poderoso baluarte contra las costumbres inobles y corrompidas.

Es una verdad incuestionable que, si bien las sociedades todas están admirablemente regidas por severas leyes, cuya transgresión es desde luego castigada con la más estricta justicia, sin embargo estos preceptos, estos códigos miran tan sólo á la parte puramente superficial del hombre y se encaminan exclusivamente á regularizar y dirigir las acciones externas de los diferentes miembros de la sociedad civil. Y como no todas pueden abarcar-se por el legislador, pues que la corteza de la inteligencia humana no deja apreciar en toda su extensión los actos múltiples y variados que, en conformidad con el dictamen del entendimiento, produce la voluntad de cada uno de los hombres, resulta con frecuencia que no pocas de aquellas acciones dejan de estar previstas en los códigos penales, aun en aquellos que son considerados como fruto del más ahincado

estudio y la más atenta y experimentada observación.

Si, pues, las leyes políticas y civiles dejan impunes algunos actos humanos, aun externos, por el mero hecho de no caer bajo el dominio de ellas; ¿qué diremos de tantas faltas y pecados ocultos que, no por ser tales, dejan de tener relaciones muy íntimas con la sociedad? Porque, no hay que dudarlo: el corazón del hombre es un nido de pasiones corrompidas, de nefandos deseos y de iniquidades sin nombre; con tal de no caer bajo la severidad de la ley y de escapar de las manos de la justicia dejamos correr á menudo sin traba de ninguna especie nuestros perversos instintos, y una vez despeñados por tan horrible pendiente sólo es capaz de detenernos la voz amorosísima de la divina gracia. Dejando á parte tantos y tantos pecados contra la caridad cristiana para con el prójimo: ¡cuántos deseos impuros, cuántos pensamientos mal comprimidos, cuántas peligrosas inclinaciones abrigamos en nuestro interior, de los cuales no queremos algunas veces y no sabemos otras darnos la debida cuenta!

Pues bien: si las leyes humanas no castigan estas faltas y mucho menos aquellas que, aun siendo leves, no por esto dejan de producir, en un caso dado, muy terribles efectos, busquemos algún remedio que con su eficacia ponga coto á semejantes desmanes: ¿Sabéis cual es? De seguro lo habréis adivinado: la salvadora Confesión.

Consideradlo bien, y ved sino sus felices resultados.

Mirad á aquel joven triste y enflaquecido que, oyendo un día la voz cariñosa de su confesor, deja poco á poco sus vicios y excesos, abandona sus amigos de orgía y, como por encanto, recobra su perdida salud: su rostro empieza á colorearse de nuevo y en sus hermosos ojos brillan otra vez el consuelo y la alegría.

Reparad en aquella dama encopetada, cuyo lujo y vanidad no encontraban límites y cuyos extravagantes caprichos eran puntualmente cumplidos: ahora la humildad y la modestia, echando fuera los vicios opuestos, se han apoderado de aquel corazón, y la piedad y el amor al pobre han sustituido á las abominables locuras y escandalosas prodigalidades.

Ved á aquel obrero para quien, pocos años hace, su taller era el casino, su trabajo la ociosidad, y del cual se había apoderado invencible odio á su numerosa familia: miradle, repito, trabajar ahora lleno de amor y zelo para ganar el sustento de sus queridos hijos, pedazos de su corazón, rodeado de todos ellos rezar por la noche el santísimo Rosario, esforzarse por infundir en sus tiernos corazones la semilla fecundísima de la Religión católica.

En el primer caso, la Confesión ha transformado al joven casquivano y corrompido en hombre honrado y digno miembro de la sociedad; en el segundo, ha hecho de aquella dama caprichosa una mujer de nobilísimos sentimientos, cuya principal ocupación es santificarse á sí propia y ser la providencia de los necesitados; en el tercero, con la conversión de aquel infeliz trabajador ha preservado á la sociedad de un criminal más y ha librado de manos del verdugo á una nueva y execrable víctima.

Debemos concluir; mas antes no podemos menos de consignar en estas deslavazadas líneas que los protestantes y racionalistas, y entre ellos los ingenios más privilegiados, consecuentes una sola vez con la justicia y la verdad, se han visto precisados á afirmar que la Confesión es la mano amorosa que nos aparta del vicio que empieza á germinar en nuestro corazón; es la voz arrulladora que, despojándonos de crueles remordimientos,

cierra nuestros ojos con sueño de paz y tranquilidad; es, en fin, el hermoso y elocuente libro que nos enseña la difícil y penosa ciencia de conocernos á nosotros mismos, por medio del examen detenido de nuestra propia conciencia.

Pongamos ya fin al presente escrito confirmando estas reflexiones con las palabras elocuentes y sabias sobre toda ponderación del fogoso revolucionario Cerutti, el ardiente amigo de Mirabeau: «Inspirar horror ó arrepentimiento del crimen, poner un freno á la maldad, dar un apoyo á la inocencia, reparar las depredaciones del robo, estrechar más y más los vínculos de la Caridad, mantener el amor de la concordia, de la subordinación, de la justicia, de todas las virtudes; desarraigar de los corazones el hábito de los desórdenes, de la rebelión, de todos los vicios; ocupar el lugar de Dios, y ser de este modo para el bien de los hombres el juez de las conciencias, el censor de las pasiones, ved ahí lo que hace que el empleo del confesor sea uno de los más propios para mantener las costumbres, y por lo mismo uno de los más conformes al interés público.»⁽¹⁾

J. T. y E.

UN MILAGRO DE LA VIRGEN



IVÍSIMA impresion ha producido en los habitantes todos de Lacedonia (Nápoles) y no menos vivo asombro ha de causar en nuestros lectores la noticia del estupendo prodigio que vamos á referir lo más sumariamente posible.

Vive actualmente en aquella ciudad una familia compuesta de los esposos Miguel Balestrieri y Rafaela Lombar-

(1) V. Nonotte, *Diccionario antifilosófico*, art. *Confesión*.

di y de cinco hijos, habidos éstos del matrimonio de Balestrieri con Gracia Lombardi, hermana de la que es ahora su consorte.

La hija menor María Antonieta cayó enferma de pulmonía el día de Pascua de Resurrección del presente año. Á pesar de habersele aplicado los oportunos remedios, la enfermedad siguió progresando y degeneró muy pronto en otra mucho más terrible. Dolores articulares sobre manera intensos por todo el cuerpo, completa parálisis en los miembros, irresistible sufrimiento en la espina dorsal, la pierna derecha tan horribilmente doblada que llegó á unir la rodilla con la barba, contracciones nerviosas que encogían terriblemente los brazos sobre el pecho, espasmo tan continuo que cerró los puños hasta el punto de clavarse los dedos en las palmas y abrirle llagas dolorosísimas, malestar increíble en las entrañas, tres úlceras perennemente vivas en la región lumbar, imposibilidad de retener alimento en el estómago, una llaga en la garganta, el exófago restreñado y una parálisis facial, tales eran los efectos de aquel empeoramiento que conducía poco á poco á la pobre doncella á las puertas de la muerte, á la temprana edad de 17 años cumplidos.

Los Doctores Fera y Palmese y don Fernando Lombardi, tío de la paciente, la declararon incurable, y temiendo que una parálisis en el corazón había de acabar prontamente con su vida, afirmaron que era llegada la hora de administrar á María Antonieta los últimos sacramentos.

Ocho días después se presentaron los síntomas de la muerte: anudóse la garganta, apretáronse los dientes, el rostro se fué afilando, hundiéronse los ojos y de los labios amoratados ya no se exhalaba casi ninguna palabra.

Hizo entender la enferma que quería permanecer sola durante la noche

y no hubo más remedio que complacerla. Pero inquieto su amante padre, á las tres de la mañana se acercó silencioso á la alcoba y ¡oh singular prodigio! encontró perfectamente curada á la que poco antes estaba para entregar su alma al Criador.

¿Qué había sucedido?

Rafaela Lombardi es celadora de la Asociación de la Virgen del Rosario de Nueva Pompeya, cofradía establecida por el zeloso jurisconsulto Bartolo Longo y que ha tomado en poco tiempo notabilísimo incremento. Ni un solo instante dejó la piadosa madrastra de María Antonieta de implorar el favor de la Virgen en beneficio de la pobre enferma. La familia Balestrieri rezaba constantemente á este fin el Santo Rosario y la novena de Nuestra Señora de Pompeya; en el santuario de Nuestra Señora se oraba también sin descanso con el propio objeto; y la misma moribunda, con el corazón más bien que con la boca, invocaba á su Madre celestial hasta en los últimos instantes de aquel cruelísimo padecimiento.

En la noche del 28 de Julio acababa de comenzar la primera estrofa de un himno de la novena cuando, impulsada por irresistible movimiento interior, dirigió á la Virgen estas palabras: *Tened piedad de mí, que tanto necesito de vuestro socorro. Acudid en mi ayuda, Madre mía.* Atónita suspendió entonces su súplica porque una inefable visión la tenía fuera de sí. La misma Virgen de Pompeya, revestida de un cuerpo humano perfectamente semejante al nuestro pero en extremo más bello y luminoso, ataviada con blanquísimo vestido, cubierta con un manto de color celeste, juntas las manos sobre el pecho y llevando pendiente de su cintura un hermoso Rosario dirigía á la moribunda con indefinible dulcísima voz esta pregunta:

—ANTONIETA ¿QUIERES TÚ VENIR Á POMPEYA?

—*Madre mía*, contestó ella *¿cómo puedo ir si estoy tullida y no puedo moverme!*

—LEVÁNTATE QUE ESTÁS SANA, replicó la Virgen.

—*Como que estoy sana*, dijo la doncella, *si me veo privada de movimiento.*

Entonces la celestial Señora puso la mano derecha sobre el estómago de María Antonieta y la izquierda sobre la región lumbar y Ella misma la levantó y sentó sobre la cama, añadiendo en seguida.

—YA LO VES: TÚ ESTÁS SANA.

—*Madre mía*, exclamó Antonieta sin sentir dolor alguno, *yo prefiero morir á quedar tullida.* Y la Virgen contestó: NO, TÚ NO DEBES MORIR, DEBES VIVIR PARA PUBLICAR MIS GRANDEZAS EN TODA LACEDONIA. MAÑANA TE LEVANTARÁS, IRÁS AL TEMPLO, TE CONFESARÁS Y COMULGARÁS, Y DESPUÉS VENDRÁS Á VISITARME Á POMPEYA. ANTES DE ENTRAR EN MI SANTUARIO TE DESCALZARÁS Y ANDANDO DE RODILLAS, VENDRÁS HASTA MI ALTAR. SIEMPRE QUE DESEES ALGUNA GRACIA RECURRE Á MÍ QUE SOY TU MADRE EN TODO TIEMPO. Y dicho esto desapareció dejando á la joven estupefacta y sentada sobre el lecho.

Lo que pasó entonces más fácil es de concebirse que de ser descrito. María Antonieta contemplándose perfectamente restablecida y llena de vigor; sus padres llenos de inmensa alegría por tan extraño como prodigioso suceso; sus parientes mudos de asombro; el médico Daferia confesando públicamente y de rodillas el milagro y redactando con el Dr. Palmese un escrito testificativo de la sobrenatural curación, la ciudad entera conmovida; la casa de Balestrieri atestada de personas ávidas de contemplar por sus propios ojos á la poco antes incurable enferma; todo esto y mucho más se vió en Lacedonia en aquel felicísimo día,

en cuya mañana Antonieta comulgó en San Felipe Neri y oró larguísimo rato en acción de gracias por tan singular favor recibido de manos de la Santísima Virgen.

Levantóse entonces acta notarial confirmando el suceso y la firmaron además del notario y dos testigos treinta de los principales vecinos de aquella ciudad.

El 12 de Septiembre último cumplió Antonieta en el Santuario de Nuestra Señora de Pompeya con lo que le preceptuara la Virgen la noche misma del milagro; y en aquel momento, con los ojos llenos de lágrimas, manifestaba la humilde joven á sus amantes padres la irrevocable resolución de consagrarse por completo al servicio de su celestial Bienhechora.

En la actualidad se encuentra Antonieta en la Casa de la Virgen de Pompeya, asistiendo con cariñosa solicitud á las huérfanas de Nuestra Señora del Rosario, y cumpliendo con aquella predicción de la Reina del Cielo: DEBES VIVIR PARA PUBLICAR MIS GRANDEZAS EN TODA LACEDONIA. (1)

J. M. S.

UNA EMPRESA COLOSAL

Et portæ inferi non prævalent adversus eam.

Matth. 2 VI, 18.

I

DURANTE el reinado del Emperador Nerón entró un día en la ciudad de Roma un hombre de humilde aspecto y pobre vestir, nacido en un rincón de Palestina.

Aquel hombre era Pedro, discípulo de Jesús Hijo de Dios, constituido Apóstol y Cabeza de los fieles por su

(1) Pueden verse extensos detalles de este milagroso suceso en el último cuaderno de la Revista *El Santísimo Rosario*, de donde hemos tomado los datos del presente artículo.

divino Maestro. Era aquel zurcidor de redes que había sido transformado por virtud de Cristo en pescador de hombres: *faciam vos fieri piscatores hominum.* (Marc. I, 17).

¿Qué objeto le conducía á la ciudad de los Césares? Ni conquistadores, ni sabios, ni políticos han imaginado jamás un plan tan gigantesco como el que trataba de realizar. Quería convertir para Jesucristo la metrópoli del mundo y erigirla en centro de la Iglesia católica que su celestial Maestro había dejado establecida sobre la tierra.

Pobre y desconocido, iba á destruir el imperio de Satanás sobre Roma: iba á predicar una doctrina totalmente opuesta á las alborotadas pasiones del hombre.

¡Imposible! ¡imposible! tan sólo un soñador puede concebir una empresa semejante.—Pero ¿qué es lo que digo? Pedro está sostenido por el poder de Cristo y Él mismo es quien le ha confiado aquella asombrosa misión. Pedro llevará á cabo su colosal proyecto.

II

El Apóstol San Pedro se ha hospedado en casa de una matrona Romana llamada Prisca y desde allí difunde por toda la ciudad la semilla fecunda de la Religión cristiana.

Con la gracia del Señor rinde los más empedernidos corazones; y muy pronto puede contar con gran número de fervorosos discípulos.

Y confirma la doctrina del Salvador con estupendos milagros; y los enfermos curan con sólo tocar la sombra de aquel hombre extraordinario.

Y, primer Vicario de Jesús, establece allí la residencia de sus sucesores los Soberanos Pontífices.

Y acontece que la Iglesia aumenta entonces de una manera prodigiosa.

III

Pero el infierno ha resuelto destruir la Iglesia santa; y los Emperadores

romanos, esclavos de Satanás, afilan las espadas para derramar la sangre inocente de los cristianos.

Y prenden á San Pedro, y un día ¡día venturoso! enclavado en una cruz, con la cabeza vuelta hacia el suelo, muere por Cristo el Jefe de los Apóstoles.

Y su sangre fecundiza la Iglesia, y la Iglesia crece ufana y avasalla el mundo entero.

IV

Diez y nueve siglos han trascurrido desde que el pescador galileo entró en Roma, y todavía permanece firme la Iglesia, cuya primera piedra es Pedro, discípulo de Cristo Jesús.

Y la Iglesia nunca morirá, y Pedro será siempre su sostén incommovible.

Y ni las recias oleadas de la impiedad ni las furias todas del Averno podrán cosa alguna contra ella.

Porque Cristo lo ha pronosticado y la Verdad eterna no puede jamás faltar á sus promesas: *cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.* (Matth. XXIV, 35)

E. M.

AFECTOS Y CARICIAS DEL ALMA

AL NIÑO JESÚS

I

En ese pesebre
Yo vengo á adorarte,
Tus pies á besarte,
Divino Emannel.
Y pues has querido
Hacerme tu esposa,
Seréte amorosa,
Seréte muy fiel.

II

Tú gimes y lloras,
Del cielo alegría,
De cueva sombría
En pobre portal.

También ¡ay! tu esposa
Padece contigo,
Al ver que un abrigo
Te niega el mortal.

III

Te sirven de cuna
Vilísimas pajas,
Envuelto en las fajas
Que amor te ciñó.
¡Oh! ven, Jesús mío,
De flores un lecho
Dentro de mi pecho
Prepárote yo.

IV

¡Oh! ven á mis brazos,
Niñito amoroso,
Si el mundo orgulloso
Te arroja de sí
Daréte consuelo,
Haré tus delicias,
Mi amor, mis caricias
Serán para Tí.

V

Lucero del cielo,
Ó Niño gracioso,
Mi Padre, mi Esposo,
Mi Dueño, mi Rey.
Desde ese pesebre
Me dices, llorando,
Que sufra callando,
Que cumpla tu ley.

VI

¿Por qué no naciste
En rico palacio
De oro y topacio
Con grande esplendor?
—A fin de enseñarte
La santa pobreza,
Y con tal llaneza
Ganarme tu amor.

VII

En casto regazo
Te mece amorosa
La Virgen hermosa,
Beldad de Sión.
—Así pura el alma
Me da sus caricias

Entre las delicias
De la comunión.

VIII

En lecho de pajas
Te veo dormido
Y siento un vagido
Que exhala tu amor.
—Con él yo reprendó
Tu mucha pereza,
Tu mucha tibieza,
Tu poco fervor.

IX

¡Oh Niño divino!
Son tus dos ojuelos,
Cual luz de los cielos,
Pureza y candor.
Envuelto en mantillas
Me alargas tu mano...
¡Ó Dios Soberano,
Tú pides mi amor!

X

De frío tiritas
Y exhalas gemidos,
Al ver mis sentidos
Desviados del bien.
Mil faltas cometo
Perdiendo las horas;
Por eso tú lloras
Postrado en Belén.

Deja esas pajas,
Niño gracioso,
Ven, amoroso,
Descansa en mí.
Ven á mi seno,
Dulce Esposito,
Ven, que palpito
De amor á Tí.

¡Ay! que me hieren
Tus dos ojuelos:
Luz de los cielos,
¡Tú en Belén...!
¿Y otro palacio
No has encontrado,
Niño adorado,
Mi dulce Bien?

¡En ese establo,
 Pobre y sombrío
 ¡Ay! Amor mío,
 Tendido estás!...
 Ven, que un albergue
 Te dá mi pecho
 Y blando lecho
 En él tendrás.

¡O Madre bella!
 Dame tu Niño;
 Ya mi cariño
 Es todo de El.
 Tengo en mi huerto
 Flores hermosas,
 Lirios y rosas,
 Nardo y clavel.

G. R.

PUBLICACIONES NUEVAS

Examen del hipnotismo á la luz de la filosofía, de las ciencias naturales y de la moral cristiana, por el Pbro. Dr. D. Juan Manuel Bellido Carbayo. —Salamanca, 1888. —I vol. en 8.^o

Croniclo lunisolar juliano gregoriano, por el R. P. Lorenzo Justiniano Arrubia, de la Compañía de Jesús. —Habana, 1888. —I cuaderno en 4.^o explicativo del aparato del mismo nombre.

Obras de San Clemente Romano, traducidas bajo la dirección de don Antonio Agustín y García. —Tomo I. —Madrid, Biblioteca clásica del Catolicismo, 1888. —I vol. en 4.^o

Progreso ó estacionamiento. —Estudio de un plan de Enseñanza general y preparatorio para todas las carreras, por el Dr. D. Santiago Juliá y Mòntllor. —Alcoy, 1888. —I folleto.

Histoire de l'Église, depuis Notre-Seigneur jusqu'au pontificat de León XIII par Mgr. V. Postel. —Lille, Desclée et de Brouwer, 1888. —I t. en 4.^o

Les origines de l'Église. —Saint Pierre et les premières années du

Christianisme, par l'abbé C. Fouard. —2.^e éd. —Paris, Lecoffre, 1888. —I t. en 12.^o

L'Alcoolisme, étude medico-sociale, par le Dr. Monin. —Paris, Doin, 1888. —I vol. en 16.

L'Hybridité dans la nature. Règne animal, par A. Suchetet. —Bruxelles, 1888. —I t. en 8.^o

L'Évolution et la Vie, par D. Cochin. —3.^e éd. —Paris, Masson, 1888. —I vol. en 16.^o

La Vie et l'Évolution des espèces, par l'abbé A. Farges. —Paris, Letouzey, 1888. —I t. en 8.^o

NOTICIAS

En el pueblo de Muro quedó instalado, hace pocos días, un Círculo Católico de Obreros.

Con éste son dos los establecidos por iniciativa de nuestro Excmo. é Ilustrísimo Prelado.

Las limosnas depositadas en el cepillo del Santo Cristo de la *Sangre*, durante el mes de Noviembre último, han ascendido á la cantidad de 541 pesetas 70 céntimos.

El maestro laico de Trávanes se ha fugado de aquel pueblo, llevándose 3.000 pesetas de un compañero suyo de libre-pensamiento.

El Párroco de Gostrana ha logrado unir en matrimonio á una pareja que vivía amancebada hacía trece años, y bautizar los cinco hijos que produjo la ilegítima unión.

En España se han empezado los trabajos de fundación de la Sociedad anti-esclavista. Presídelos el Eminentísimo Cardenal Payá.